

LIBROS

Pedrolo: El peso de lo heterodoxo

Fuera de Cataluña, la literatura catalana se desvanece. O mejor dicho, las circunstancias la desvanecen. En efecto, podemos estar muy bien al tanto de cuál es la última polémica sudamericana o de las nuevas tendencias del realismo en Alemania, pero la literatura catalana, a ojos de mesetero, no va mucho más lejos de Espriu o Terenci Moix. El caso de Manuel de Pedrolo es bien particular (1). Este hombre que tengo delante, con una expresión de perro agazapado y ganoso, pero, sin embargo triste, goza de un palmarés de unas cincuenta obras no publicadas por razones diversas, ocho de ellas concretamente por censura: sin embargo, es quizá el escritor catalán más prolífico, por más de que por otros pagos sea tan pobremente conocido.

—Imagino que el hecho de escribir irreduciblemente en catalán te habrá configurado de modo especial como escritor de trayectoria difícil.

—Visto desde Castilla puede ser así, pero no en Cataluña. Ocurre, claro, que el bilingüismo, aunque sólo sea funcional, te abre algunas puertas. Sin una actividad periodística paralela es difícil para un escritor catalán «entrar» en Castilla. De mí sé decirte, por ejemplo, que «La Vanguardia»

apenas me menciona y que «Destino» sólo de cuándo en cuándo se ocupa de mis libros. Y son publicaciones de aquí. Imaginate lo que será por la Meseta.

—Tú llamas, pues, literatura catalana sólo a la escrita en catalán, ¿no es así?

—Del mismo modo que tú llamas literatura castellana sólo a la que se escribe en castellano. Me parece algo de sentido común. ¿Hay una literatura francesa no escrita en francés? Nunca he tenido noticias de ello. ¿En qué escriben Ionesco, Beckett? ¿Y Mann, en qué escribió? Lo que hace al escritor no es el nacimiento ni la residencia: es el lenguaje. Un idioma es algo que hay que vivir. El castellano puedo conocerlo únicamente como algo exterior; mis vivencias auténticas, lógicamente, son muy otras.

—¿Eres hoy más optimista que hace algunos años ante la situación de tu idioma?

—Confío en que, como se dice, el tiempo trabaja para nosotros. Siempre que nosotros no nos crucemos de brazos, naturalmente. Pero no hay autores catalanes en los libros de texto de literatura ni en muchos otros que, por ejemplo, pretenden estudiar «la novela española contemporánea» o «el teatro español contemporáneo». O, si los hay, y muy medidos, están en un apéndice, marginados. Esto demuestra algo, ¿verdad? Sufrimos una deformación, por decirlo con un eufemismo, lingüística. Mientras haya imposición no puede haber comunidad. Es tan simple como esto.

—No obstante, me parece que la cosa es aún más grave, porque al lado se está produciendo el fenómeno de una fortísima inmigración de gente de habla castellana cuyo problema fundamental es el acceso a cualquier cultura, por mínima que sea.

—Sí, así es. Pero el solo hecho de que se



Manuel de Pedrolo.

nos obligue a plantear una separación artificial entre lo social y lo cultural demuestra lo mal que estamos. A estos inmigrantes no se les supe dar acceso a una cultura, la suya, en su tierra de origen, y ahora hay que resolver el problema aquí, donde la cultura es otra. Un problema que, desde luego, sería más manejable si ellos mismos pudieran escoger, para ellos o para sus hijos, lo que prefiriesen. Un solo ejemplo: no puede haber una escuela donde se enseñe EN catalán algo muy distinto a enseñar EL catalán.

—Hace tiempo que has dejado el teatro para dedicarte a lo tuyo, la novela. ¿Cómo ves la situación del teatro en Cataluña?

—Creo que lo más válido hay que buscarlo en estos grupos de teatro independiente que actúan cuando pueden y donde pueden, en general bien faltos de recursos económicos... Este, el económico, es un problema fundamental en el teatro. Hay que triunfar, tener un éxito en el acto. El teatro es algo muy frágil, muy expuesto. En la mayoría de los países funciona a base de subvenciones. Pero aquí, ¿quién va a concederlas al teatro catalán?

—¿Qué queda hoy del Pedrolo sobre el que se dijo que era existencialista, autor «del absurdo», el Beckett catalán y todas esas cosas?

—Pues lo mismo que entonces: nada. Supongo que en Castilla seguirán recordándome, si hay tal recuerdo, por

«Homes i No». Sin ser existencialista, fui influenciado por el modo de pensar existencial. A mis personajes les sobra coherencia, y ello basta para alejarme del mundo escénico de Beckett, más interesado por problemas del lenguaje que por una denuncia de situaciones reales precisas. Creo que mi obra deja suficientemente claro que me planteo mi quehacer como algo que abarque, no que limite. Me parece que las escuelas y las modas pueden contribuir a que un escritor se automutila. Yo tiendo a una totalidad narrativa que no respete ningún tabú.

—En definitiva, ¿tú sabes por qué escribes? ¿Con qué tienes más que ver: con una defensa tuya, una neurosis, una denuncia?

—De defensa personal, nada. Denuncio un modo de vivir y de entender la vida, una sociedad con la que estoy disconforme y que sólo siendo distinta podrá ser justa. El escritor tiene que ser también un crítico de su sociedad, aunque no escriba únicamente para esto.

—Incluso cuando utiliza la metafísica.

—Por supuesto. Yo nunca he utilizado la metafísica como una escapatoria. He elaborado posibilidades a partir de ella y he buscado planteamientos críticos sin que, por otra parte, haya aceptado soluciones que pudiesen ser utilizadas por un sistema religioso. La razón es obvia: la religión nada tiene que ver con mi vida.

Me interesa y me preocupa, en cambio, el hecho social de su existencia.

—¿Esta necesidad crítica se mantendría para ti en otra sociedad distinta a la capitalista?

—No creo que el escritor, el intelectual en general, se encuentre nunca en situación de pensar: «las cosas están bien como están». En una colectividad basada en un socialismo de inspiración marxista no dogmática, sino realmente dialéctica, la crítica seguiría existiendo en la medida en que fuera útil a esa sociedad, y las ocasiones de seguro no faltarían. No creo que nunca pueda existir un sistema tan perfecto que la crítica sea inútil.

—De ello tu creencia en lo racional.

—Sí. Pero no sólo hay que entenderse con la lógica. Es más complejo, como todo lo humano. En fin, lo que quizá quería llegar a decirte es que el amor universal, como lo predica el cristianismo, no sirve. No puedes amar a todos los hombres, ya que el amor no es una cuestión de voluntad; en cambio, sí puedes ser justo con ellos.

—¿Cómo describirías tu evolución como escritor?

—Creo que a medida que envejezco cobro más libertad interior, y que ello se traduce, como es natural, en mi obra. Tal vez sea curioso, pero soy más extremista que de joven y, al mismo tiempo, más abierto a cualquier posibilidad. Y más riguroso hoy que entonces conmigo mismo. En mis novelas se expresa una conciencia dolorosa de las sociedades de tipo totalitario: a través de símbolos de símbolos, de símbolos degradados en realidad y de realidades que confunden los dos términos de una dialéctica sin conseguir ninguna síntesis. La censura tiene que liquidarse a partir del cuarto de trabajo del escritor: sólo así se contagiará la libertad. ■ MIGUEL BAYON.

Libro-homenaje al profesor Ollero

Un grupo de discípulos, compañeros y amigos, según advierten los compiladores, ha ofrecido a don Carlos Ollero un libro-homenaje al cumplir los veinticinco años de su labor profesoral. El libro lleva el título de «Estudios de Ciencia Política y Sociología», ronda las mil páginas y reúne a la plana mayor de los especialistas, reforzada con alguna personalidad periférica al campo estricto que anuncia la portada.

Los libros de este tipo casi siempre ofrecen mayor interés contemplados en conjunto que desmenuzados en detalle. En «Estudios de Ciencia Política y Sociología», desde luego, el detalle de una cincuenta de artículos, como es natural dispares y distintos en sustancia y talla, aclararía mucho menos que la consideración global de esa nómina y esos temas. La nómina es, en efecto, nutrida y heterogénea, incluso ecléctica, si se la considera desde el trasfondo de las significaciones personales, lo cual es solamente revelador, por que descubre, entre otras cosas, la estupenda capacidad de convocatoria del homenajeado.

Ollero ha ejercido durante veinticinco años una especie de socratismo consciente, tal vez deliberado, que fiaba mucho más de la palabra y de las incitaciones del ejemplo que de otras rigideces académicas. Así, por ejemplo, a pesar de la importancia de sus contribuciones escritas, Ollero se ha mantenido en lo posible fiel a ese socratismo ágrafo que ha hecho de su magisterio, para alumnos y discípulos, una suerte de mayéutica estimulante e higiénica. Hay silencios que enseñan, y tal vez el relativo silencio gráfico de Ollero constituya una admirable enseñan-

(1) Ver comentario en número 547 de TRIUNFO, de Martín Vilumara, en «Artes, Letras, Espectáculos».